

Cartas de Freedel

Kan Zerbervm

KAN
ZERBERVM
CARTAS
DE
FREEDEL

CUANTO MÁS LOCO ESTÁS, MÁS TE SUBESTIMAN

Capítulo 1

PRIMERA CARTA

He sobrevivido

«Oigo voces lejanas, bombas mudas, disparos...

Gritos en la oscura infinidad. No, no estoy asustado, tampoco estoy nervioso. Desde que desperté sé que no he dormido nada, y estoy confuso. Sobre todo, cuando quiero gritar y sólo entono silencio. ¿Qué me ha ocurrido?, ¿será esta cama? El hospital sé que no es el mejor lugar para estar seguro, no con lo que escucho desde el exterior, no con la que está cayendo.

Qué nos pasó... ¿La humanidad lo merecía? Tal vez... Jamás hemos sido individuos sensatos, ni demasiado inteligentes. Que hayan tenido que venir desde millones de años luz para hacernos entender que somos el culo del multiverso... Estaréis de acuerdo conmigo de que tiene delito. Pero, ¿sabéis? Lo comprendo. Bajo mi manera de ver las cosas, nos tenía que pasar algo así y aún fueron considerados con nuestra especie: podría haber sido peor.

Hace cuatro años supe que nos afectó un virus nanotecnológico el cual infectó a miles de millones y mató instantáneamente a otros cientos de miles; y encima nos lo tomamos a broma, como para que no nos pasen cosas malas! La compasión no es nuestro perdón, si no, nuestro castigo.

Os escribo esta serie de cartas postrado en la cama que me ha mantenido inmóvil durante más de 10 años. Pero entender una cosa muy sencilla:

No nos necesitan, no nos respetan, ni siquiera les gustamos; somos infinitamente inferiores y su entrenamiento nos lo recalca perfectamente. Están cansados de decírnoslo y seguimos sin hacer caso, puto egoísmo. La Tierra está sumida en un caos internacional y los grupos políticos, sin miramientos, se mantienen enfrentados por la gobernanza de los pueblos: a ver quién la tiene más larga, es lo único que importa.

Mi círculo de amistades, de cuando Vietnam, desean que me recupere y salga a pelear, a luchar por nuestro destino, por nuestra libertad contra el usurero político, nuestro mayor enemigo. Pero yo no quiero perder el tiempo. Necesito ir hasta allá, fortalecer mi cuerpo, mi mente y espabilar a mi humildad, la cual sé que casi no tengo, y aprender a ser útil para

nuestros visitantes; nos requieren y no quieren admitirlo: la perfecta hipocresía. Sin nosotros, su guerra no la ganarán contra su enemigo. Es lo que más me importa, que sé quiénes somos y saben que valemos nuestro peso en oro. Se les pienso demostrar.

Lo juro.

...

Me duele la cabeza.»

Capítulo 2

SEGUNDA CARTA

Inmóvil

«Una mano está manoseándome indiscriminadamente de cintura para abajo. ¿Qué es lo que quiere? Es una mujer de blanco, demasiado atractiva para ser una enfermera. Como continúe va a haber un bulto que recordará al Everest y no por su altura, si no, por su robustez.»

-Por favor, manténgase quieto. Necesito que se relaje, le estoy reajustando las piernas. -Me decía al tiempo que ejercía su labor para que mi circulación sanguínea bañara lo mejor posible todas las terminaciones nerviosas a las que debía llegar.

«Era un terco, mis padres me criaron para ser valiente e inconformista. En tiempos de guerra me he conocido como un sádico. Por eso los amarillos me torturaron hasta caer desfallecido.

Sé que no es un sueño; sigo mutilado y me duelen todas mis extremidades pese a no tenerlas. Es mi cerebro, aún sigue allí, negándose a hablar, no me sonsacarán información. Por lo visto, aquí, pudieron implantarme unas piernas de metal articuladas mediante pulsos eléctricos interpretados como emociones: sí, tenía poderes telequinéticos, era un puto superhéroe. Mis brazos y manos también habían sido convertidos en hierros, articulados por engranajes y materiales plásticos de una aleación que no conocía y que parecía ser cara.

En cuanto aquella hermosa enfermera dejó de ponerme caliente, salió de la habitación para dar entrada a un hombre robusto, también de blanco; debía ser mi médico, de aptitud tosca y rígida y con semblante serio. Me daba confianza.»

-Mantenga la calma... -Me dijo seco y frío, sin mirarme en ningún momento mientras apuntaba en su cuadernillo garabatos indescifrables.

-¿Saben qué fue lo que me pasó?, ¿cómo llegue aquí? -Hice por preguntar, pero se limitó a hacer dibujos sin darme una sola explicación.

«Mis piernas aún estaban inoperativas, no sé qué es lo que hacía falta para que obedecieran. O bueno, quizás sí: que lo deseara. No hacía otra cosa que penarme por las cuantiosas bajas sufridas en el viejo Vietnam, del que hoy, sé, es un efímero recuerdo que quiero revivir una y otra vez

con tal de salvarlos, o de salvarme.

No duré mucho despierto, me dormí al cabo de unos minutos.

Con el paso de unas 20 horas, amanecí. Ese medico estaba a mi lado, observándome en silencio sin mostrar emociones. Me sentía un poco nervioso e incómodo, no sé, era una situación que no entendía y me desconcertaba.»

Capítulo 3

TERCERA CARTA

Debo socializar

«Son ya ocho las semanas transcurridas. El médico que últimamente me ha estado visitando se encuentra de vacaciones y no me fio del que le suple, no tiene la misma experiencia y menos maña. Sabe mi historial clínico y no ha sido capaz de determinar las causas de mis trastornos emocionales; cuando el señor Terravieja, quien realmente me lleva, se preocupó por mí desde el primer día que se prestó para tratar mi caso.

No me importa que se me tache de hombre difícil: lo soy y así va a seguir siendo. Mi vida ha estado marcada por la violencia, dentro del entorno familiar como del profesional, y mi persona no lo ha sabido gestionar de forma que no fuese con más violencia. Todos sabemos del dicho, y es cierto. De momento, aquí, entre estas paredes carcelarias carentes de barrotes debo hacer mi vida hasta recuperarme y rehabilitarme por completo.

De la mano de Terravieja supe que vine clínicamente muerto, vegetal; tan solo mi cerebro y corazón permanecieron procedural y latente, respectivamente. Las salvajadas experimentadas en aquel Vietnam del 67 fueron horribles y revivirlas cuantas veces quería mi memoria todavía me hacían traumatizarme más... hasta casi enloquecer. Lo peor era que no tenía el control sobre ella y pareciera que me quisiese atormentar hasta el punto de querer hacerme desear el mismo trayecto que hizo mi familia, con la salvedad de que ellos partieron por obra mía. No sé si se me entiende, no quiero ser tan gráfico, no por ahora.

Mientras escribo estas palabras, mis compañeros de sala, aquí en el comedor compartido del hospital, me piden que les cuente más historias sobre mi heroísmo frente al enemigo de ojos rasgados; el diablo que me convirtió en un asesino. Quieren que les relate cómo despedacé pulmones con mi navaja militar dentada, cómo disfruté insertando plomo en los cráneos que veía desde lo lejos moverse como guiñoles para ocultarse y, con ello, tener un mejor ángulo de disparo estando seguros. Una etapa de mi vida cruel y desagradable que, reconozco, jamás me cansaré de narrar; debían morir por comunistas, porque era mi misión y porque eran ellos, o nosotros.

Según me mantiene informado el sustituto de Terravieja, mis prótesis mecánico-sintéticas están en proceso de ensamblado, o no sé qué cosa... y pronto las tendré disponibles para realizar pruebas de movilidad

y resistencia: no me hace demasiada gracia el hecho de ser un peón en la carrera por obtener beneficios de cara a estar en la vanguardia de la alta tecnología. No entiendo de qué modo me van a favorecer un par de hierros mal puestos, siendo sincero.»

Capítulo 4

CUARTA CARTA

Mentalidad asesina

«Casi me dejan en aislamiento...

Desde que me despierto hasta que vuelvo a dormirme este lugar me parece más una prisión que un lugar donde curar vidas. Sé que lo he dicho anteriormente, pero, idiablos! Es la pura verdad. La sensación que me recorre cada día que pasa el cuerpo es de agotamiento por los enfermeros y celadores que no paran de acosarme por el miedo que me tienen; saben parte de mi pasado y entienden que en cualquier momento se me puede ir la mano con ellos. El día que me calienten más de la cuenta la sangre, alguien lo lamentará.

Si lo pienso con frialdad, las largas noches apresado en aquellas jaulas de cáñamo y hojas secas, que parecerá mentira, pero... las muy putas dolían si te las clavabas (y era fácil que pasara), se me hacían más amenas que una noche entera aquí metido; atado de pies y manos para que no cometiera actos que pudieran dañarme o dañar a otros. Así, ¿qué clase de confianza esperaban que les fuera a tener? Esos bellos recuerdos donde acribillar cerdos asiáticos fue lo más agradable y placentero que he podido hacer en toda mi existencia los echaba de menos, y sabía que no iban a volver: lo cual era mi mayor pena.

Cada vez que suelto esa joya de frase uno de los enfermitos que me hacen compañía siempre clama su voz alta al viento, encolerizado:

-¡Pero cómo puedes decir semejante barbaridad, viejo amargado! -Con sus manos sobre la cabeza- ¿Y tu familia qué? ¡¿Acaso no son más importantes que unos oscuros recuerdos con sangre y muertos?! -Quería entender mi mente sádica. Sin conseguirlo, naturalmente.

Como os podríais esperar de mí, ni puñetero caso le hacía. ¿Para qué iba a discutir con un desgraciado que ni me conocía? Perdería el tiempo.

Estábamos a mitad de la semana, creo... y mis extremidades metálicas aún estaban en camino: me aburría seriamente y no les convenía tenerme así a quienes se ocupaban del orden y la disciplina. Pasaba el tiempo, en ocasiones, mirando por una de las muchas ventanas enrejadas del bloque hospitalario y veía, a lo lejos, aquella flota intergaláctica que vino sin

avisar. Buscando dar lástima suplicando un tipo de ayuda a una humanidad, cual... No sé vosotros, pero, la que yo conocía no era muy dada a ofrecer su mano izquierda a unos bichejos venidos de vete a saber dónde para quién sabía qué.

Seamos francos: si viésemos gentuza desconocida venir desde los cielos... Sabéis mejor que yo lo qué ocurriría. En este caso, no había que ser unos genios para saber lo que pasó. No obstante, no pienso hablar de ellos.»

Capítulo 5

QUINTA CARTA

Disturbios en la planta 15

«Y con esta van cuatro noches que no pego ojo. Tengo la impresión de que me han cambiado la medicación y me está jodiendo todavía más por dentro. No quiero morir, aunque, de haber querido, supongo que no estaría aquí. Hace dos noches oí ruidos que no tenía por qué escuchar y tuve que ir a investigar. Las indicaciones de mis dos médicos eran claras:

-Señor Freedel, por el amor de dios, ya no está en la guerra: deje de fingir que lo está.

No era del todo cierto. Sabía que se habían infiltrado amarillos en el hospital y no les iba a dar la satisfacción de ver realizada su labor: acabar con lo que no pudieron en su momento. Sé que este complejo hospitalario no es muy alto, creí entender que tenía sólo 12 plantas, de las cuales, 7 estaban destinadas a los pacientes menos conflictivos y con enfermedades poco o nada infecciosas, como cualquier clase de cáncer. Sin embargo, uno de esos cabrones comunistas se escondían 3 plantas más arriba, ¡tres! ¡Cómo era posible si no existía tal planta!

Tuve que investigarlo y llevarme conmigo la navaja por si tenía que rebanar algún pescuezo. Mis días de caza habían vuelto, parecía ser, y bien contento me iba a quedar sabiendo que aún tenía agallas para enfrentarlos y ganar una guerra que nunca la di por perdida. Lo cierto es que mi conciencia sabe dónde estaba, sabe que quizás deliraba en una cama de sábanas blancas que, a veces, se tornaban rojas a la altura de mi cintura. Tenía pérdidas de aceite y me cagaba encima... (en permanente crisis de ansiedad sé que me hallo) Por favor: debería de estar muerto.

Por esta misma razón y por otras tantas que ya me aburro de señalar, quería ir a la aventura, de hecho, estoy en ella y me divierto como antes hacía; me hace sentir vivo, ¿acaso eso es un crimen? Pese a que la planta fantasma parece no existir y, por tal motivo, no estar a mi alcance físico, eso no me va a impedir ir a por ellos, putos mercenarios vietnamitas. Que los extraterrestres hayan venido hasta aquí para hacernos la vida más complicada si no lo estaba ya no es de recibo para que una decena de individuos que debían haberse quedado en su país de origen tengan que estar exclusivamente para quitarme de en medio.

Y desde luego que no: no se les pienso consentir. Me llamo Félix «Carnicero» Freedel por algo y gracias a esto van a saber qué es ese algo.

Si la planta en la que están no existe porque es producto de mi imaginación, haré que exista. Les daré el mejor argumento de peso para, tal como ellos desean tener y por ello lo piden: tacharme de loco.»

Capítulo 6